

Descubrimiento del cráneo de un indio ciguayo en Santo Domingo

Por el Doctor ALEJANDRO LLENAS

(Traducido del francés por el Lic. Cayetano Armando Rodríguez).

El profesor de Quatrefages (1), que pasa, con justa razón, por el primer antropólogo de Europa, decía a un joven dominicano, en el momento de su partida: "El mejor regalo que usted podría hacer al Museo, sería el cráneo de un indio de vuestra isla".

En efecto, por muy conocido que sea Santo Domingo por sus productos coloniales; por muy activas que hayan sido las investigaciones de los americanistas que, desde hace doscientos años, la han recurrido en busca de los restos de sus antiguos habitantes, ninguna de las colecciones europeas, tan ricas, sin embargo, en muestras de todas las razas humanas, no posee, que nosotros sepamos, un cráneo de indio de nuestra isla.

Los estímulos del sabio profesor y el deseo de recoger lo que pueda servir para la historia de nuestro país, nos han hecho ocuparnos, desde hace mucho tiempo, de encontrar osamentas de indios, y nuestras investigaciones han sido recompensadas por un hallazgo del que queremos informar a la Sociedad Académica del Loira Inferior, de la cual tenemos a honra ser Miembro Correspondiente.

Cerca de las cimas de la cordillera del Norte, en esta parte de la isla que lleva el nombre de Sección de *Tres Amarras* (2) y que, según los historiadores del Descubrimiento, estaba poblada por la belicosa tribu de los *Ciguayos*, se encuentra una caverna conocida con el nombre de *Cabeza de Muerto* y que parece haberles servido de cementerio. Como estas alturas no reciben sino las ra-

ras visitas de los *Monteros* (3), la caverna ha estado al abrigo de las rapiñas de los viajeros que llegan allí para recoger las antigüedades indígenas, con el fin de enriquecer, a expensas de nuestros futuros museos, las colecciones arqueológicas de Suecia, Alemania e Inglaterra.

En todo lo largo de las paredes de esta caverna, a alguna altura sobre el suelo, se han encontrado varios esqueletos, no enterrados sino simplemente extendidos al aire libre. Entre esos restos mortales, bastante deteriorados, algunos huesos se han conservado bien; entre otros un hueso ilíaco, un *lémur* y un cráneo. Las condiciones en que se encuentran, en un lugar seco, a una altura que los ponía fuera del alcance de los animales, explican su estado de conservación, a pesar de los cuatrocientos años que han pasado sobre ellos. Esos restos pertenecen a la raza indígena, como lo indican los objetos encontrados a su alrededor, y la forma característica del más interesante de esos huesos, es decir, del cráneo.

Es sabido que la mayor parte de las tribus aborígenes del Nuevo Mundo tenían la costumbre de deformar la cabeza de los niños, y que esas deformaciones constituían una moda o signo distintivo en cada tribu (4).

El cráneo que poseemos presenta una deformación artificial, que salta a la vista, y le da un parecido con los cráneos colombianos que se han

(*) Opúsculo impreso en Nantes, 1831. Imp. Vve. Camille Mellinet, pl. Pillori 5. L. Mellinet y Cie., Sucs., 11 páginas.

(1) Quatrefages de Bréau, (Juan Luis Armando de), naturalista y antropólogo francés. Nació en Berthzene, (Gard), en 1810, y murió en París en 1892. Nota de C. A. R.

(2) Hoy Cabrera.

(3) *Montero* -Cazador- corredores de bosques. (a) Habitantes del Canadá que comercian en peletería con los indios bravos. Nota de C. A. R.

(4) Esta costumbre persiste todavía en ciertas tribus de los Estados Unidos, entre otras en los *Cabezás-Chatas*.

(4) Sobre la deformación craneana practicada por los aborígenes antillanos, sobre la cual informan el Padre Las Casas, Fernández de Oviedo, Charlevoix y otros historiadores, véase el interesante estudio del doctor J. L. Montalvo Guenard *Caracteres Físicos del Indio Borincano*, en la *Revista de Obras Públicas de Puerto Rico*, año VIII, Núm. 12, diciembre de 1930, pgs. 313-318.— Nota de V. A. D.

encontrado en las cercanías de Bogotá y que Mr. Uricochea describió al Congreso de los Americanistas, de 1875.

Esta cabeza perteneció a un individuo menor de 20 años. Los últimos molares faltaban todavía. A su muerte poseía todos sus otros dientes, pues los que faltan han dejado sus alvéolos abiertos. Se nota el doble pronatismo superior maxilar e inferior alveolar, de lo que resulta un ángulo facial bastante pequeño (75°). Los rasgos más notables son el achatamiento occipitofrontal, dando a esta cabeza una forma prismática, y el gran desarrollo de las protuberancias parietales combadas hacia afuera. Las ventanas de la nariz están sumamente abiertas (5). Si reconstruimos con el pensamiento esta cabeza puntiaguda, de pómulos salientes y de ancha nariz, estará muy lejos de responder al tipo ideal de la belleza, tal como nosotros la concebimos. Este individuo podía, sin embargo, pasar como un muchacho bonito entre los suyos, pues la belleza es cosa arbitraria, según las razas.

Hemos dicho muchacho bonito y es porque, en efecto, su hueso ilíaco indica absolutamente su sexo. Su fémur no tiene sino 0.40 m. de largo; luego, pues, el fémur, según los índices de *Orfila*, (6) representa el 38% de la longitud del esqueleto; se puede concluir que el indígena no tenía, comprendidas las partes blandas, sino 1.56 m. de altura, talla menor que la mediana.

Como esas razas han sido descubiertas en una localidad poblada por los Ciguayos, podemos deducir que esta cabeza no representa sino el tipo antropológico de las tribus de raza Caribe. Falta por descubrir un espécimen de nuestras tribus de raza floridana o lucaya.

Comoquiera que sea, nosotros conservaremos este cráneo con cuidado hasta el día en que se vea realizada la excelente idea de transformar la Casa de Colón en Museo Nacional: allí figurarán al lado de otras antigüedades indígenas o castellanas que nuestros conciudadanos tengan a bien recoger y conservar para ese objeto.

Sería un problema muy difícil precisar con exactitud el origen de los indígenas que Cristóbal

Colón encontró en Santo Domingo en el momento de su descubrimiento. Los que escribieron la historia de la llegada de los españoles a nuestro país, no se tomaron el trabajo de indicar el nombre genérico de las tribus. Un solo hecho pudo adquirirse: la isla se había convertido en punto de reunión de dos razas que sus lenguas y costumbres las hacían distintas y antagónicas. En la parte oriental, una población salida de los Caribes nómadas, valientes y sanguinarios; en el centro y en el oeste, tribus lucayas, sedentarias y pacíficas.

Se supone que estos últimos eran descendientes de un pueblo que, acosado de la Florida por los Algonquines, había pasado a las Bahamas, y de una en otra isla había llegado hasta Haití.

En cuanto a los Caribes, cuyo verdadero nombre "Calibis" significa bravos, ellos venían de la América del Sur por las Antillas Menores.

La lengua lucaya era armoniosa y rica en vocales: no se ha conservado de ella sino una sola frase. El Padre Las Casas, al hablar del descubrimiento de una pepita de oro de tamaño extraordinario, dice que el indio que la encontró la anunció en estos términos a su amo: "Ocamá, Guajeri, guariquen caona yari", (Escucha, mi amo, ven a ver un tesoro de oro).

El idioma caribe, mucho más conocido, puesto que tiene un léxico, era también muy sonoro, lleno de vocales y económico de consonantes.

Los Ciguayos, que ocupaban el noreste de la Isla, aparecían como una raza formada de la mezcla de otras dos. Eran menos sanguinarios que los caribes y sentían horror a su canibalismo; pero tenían sus instintos guerreros y sus costumbres bárbaras. Sabían defenderse bien contra las incursiones de sus peligrosos vecinos, pero por el contrario, vivían en buena inteligencia con las tribus lucayas, que poblaban el resto del país.

Veamos el retrato que nos han dejado los historiadores del Descubrimiento.

La relación del primer viaje de Cristóbal Colón, resumido por Las Casas, informa que: "el 12 de Enero de 1493, el Almirante descubrió una bahía muy grande y que al siguiente día envió la chalupa a tierra. Los cristianos encontraron hombres allí armados con arcos y flechas, con quienes entraron en relación. Ellos rogaron a uno que viniera a la carabela para hablar con el Almirante. El

(5) Orfila (Martes), médico y químico español, naturalizado francés. Nació en Mahón (Menorca) (1787-1853).

(6) Antillita.— Variedad de serpentina encontrada en las Antillas. *Serpentina*.— Silicatos hidratados de magnesia, amorfos y cristalizados.



hombre fué allí y el Almirante dijo que aquél tenía una cara más feroz que todos los que él había visto hasta entonces: su rostro, completamente ennegrecido con carbón, y sus cabellos muy largos, recogidos por detrás en una especie de corona de plumas de cotorra. Llevaba un arco, flechas y una maza de madera pesada. El Almirante juzgó primeramente que aquel debía ser un Caribe; después dijo que si no era un Caribe, él debía por lo menos tener sus costumbres y ser sin temor diferente de los otros habitantes de la Isla, que son tímidos. El Almirante notó que este hombre y sus compañeros no tenían ni hierro ni ningún otro metal. Sus arcos son tan largos como los de Francia e Inglaterra, hechos de una madera semejante al tejo; las flechas son de vástagos de caña, muy rectos, y con el largo de una vara y media o dos varas, (casi seis pies)".

Una nota de Las Casas agrega: "Eran Ciguayos, quienes tenían la costumbre de llevar así los cabellos muy largos. Esos Ciguayos habitan las montañas y las costas septentrionales de la isla, desde Puerto de Plata hasta Higüey".

"Esos pueblos, dice el Diario de Colón, hablaban un dialecto diferente del de las otras tribus, pues ellas llamaban el oro *tuob* y no comprendían la palabra *caona*, nombre del oro en las otras partes de la isla".

Era también por la palabra *tuob* que los Caribes designaban ese metal: de lo que se puede inferir que el dialecto ciguayo era análogo a la lengua caribe.

Esos indígenas no tardaron en llegar a las manos con los españoles. El Padre Las Casas, que escribía sus *Memorias para los Indígenas*, en 1552, es decir, 59 años después del descubrimiento, cuenta en ellas que "*Guarionex*", cacique del reino de *Maguá*, avergonzado por el ultraje que había recibido de un oficial cristiano, abandonó su corte y llegó a la provincia de los ciguayos, cuyo príncipe, su vasallo, le dió asilo y protección. Los españoles, informados de eso, pidieron que el rey fugitivo les fuera entregado y el Cacique de los ciguayos se negó a ello". El historiador Herrera, (*Historia de las Indias*, década I), trae la respuesta de este último.

"Id a decir a los cristianos que *Guarionex* es un hombre de bien y virtuoso; que jamás ha hecho un daño a nadie y que por eso es digno de compasión; los cristianos son perversos y usurpadores y

por ese motivo yo desprecio su amistad, reservando la mía para *Guarionex*".

Entonces, según el mismo historiador, Bartolomé Colón, hermano del Almirante, y su lugarteniente en la Isla, se decidió a emplear la fuerza. La campaña fué corta, pero muy penosa a causa de las dificultades que presentaba un país montañoso, cubierto de espesos bosques y herizado de rocas. A los primeros éxitos de los castellanos el cacique de los ciguayos, *Mayobanex*, respondió haciendo condenar a muerte a sus parlamentarios, refugiándose en lo más profundo de sus montañas. "Entonces, dice Herrera, doce castellanos se despojaron de sus vestiduras, se cubrieron el cuerpo con pinturas negras y rojas y bajo ese disfraz indígena, ocultando sus armas en unas *yaguas* (hojas de palmeras), se aventuraron en los bosques y pudieron llegar hasta el refugio del cacique. Antes que éste hubiera vuelto en sí de su sorpresa, ellos se arrojaron sobre él y lo hicieron prisionero". Pocos días después, *Guarionex*, acosado por el hambre, bajó también de las montañas y cayó en poder de los españoles.

Entre los otros prisioneros se encontraba una parienta de *Mayobanex*, mujer de gran belleza, esposa de un cacique subalterno. Este, desesperado, vino a arrojarse a los pies de Bartolomé Colón, quien, compadecido, le devolvió a su india. Este acto de generosidad hizo que los ciguayos se sometieran en masa al jefe español y desde entonces su sumisión fué completa. Aunque los historiadores contemporáneos no nos han dejado ninguna noticia sobre este punto, es probable que los ciguayos, favorecidos por las ásperas escabrosidades de su región y por su alejamiento de las minas, quedaran menos expuestos que las otras tribus a las crueles vicisitudes que trajeron su rápida destrucción; y que esta población fué una de las últimas en desaparecer.

El hecho es que, según Las Casas, cincuenta años después del Descubrimiento, los indígenas se habían vuelto de tal manera raros, que los europeos llegados últimamente, admirados de no verlos, preguntaron si ellos eran negros o blancos.

Una tradición que existe todavía en el país, se refiere a la presencia, en los bosques del nordeste, de un ser fantástico, desnudo, de cabellera, larca, llamado *Ciguapa*: ese es, sin duda, el recuerdo de los últimos ciguayos errantes sobre aquellas alturas.



El hecho es que la parte del país que ciertamente ha conservado mejor los vestigios de los antiguos indígenas, es el antiguo Ciguay, es decir, el alto promontorio que se avanza en el mar, al nordeste de nuestra Isla. Ese promontorio fué reconocido por Cristóbal Colón en su primer viaje: le dió nombre a dos cabos que llevan hoy el nombre de Cabo Francés Viejo y Cabo Buen Tiempo. Allí se nota una doble formación geológica. El centro forma una meseta escabrosa cubierta de bosques y sostenida por una larga muralla madreporica, de 80 a 100 metros de altura; esas son las riberas escarpadas de la antigua orilla. A sus pies se desarrolla una faja de tierra como de 1 a 3 kilómetros de anchura, de una formación posterior y completamente reciente: esos son peñascos de antillita (7), horadados de subterráneos en los que el ruido de las olas resuena todavía; ese terreno se termina en el mar, también por nuevas riberas escarpadas que se levantan formando cabos tallados a pico, que se distinguen desde muy lejos.

La antigua muralla madreporica está por todas partes horadada de anfratuosidades y de cavernas; los ciguayos habían establecido allí sus viviendas y sus cementerios. Además, allí se encuentra la mayor cantidad de restos de esos indígenas: fragmentos de vajillas de barro, adornos de grecas (8) y de figuras haciendo muecas; hachas de mano de diorita que, presentan la forma de franciscas (9), piedras ralladas y pulimentadas de diversas formas para los usos domés-

(7) Grecas.— Adornos de listas separadas.

(8) Franciscas.— Hachas de armas de los francos. Notas de C. A. R.

Alejandro Llenas (1846-1904). Médico graduado en la Universidad de Nantes, Francia, donde pasó gran parte de su juventud, protegido por el abogado francés Enrique Maison-neuve, quien a su vez lo había sido por la dominicana Petronila Rodríguez Rojas, tía del joven Llenas, quien fué esposa del Coronel Paillé, del Ejército Francés, en tiempos de Ferrand. El Dr. Llenas, aunque no militó en nuestra política, sirvió algu-

cos; amuletos delicadamente esculpidos en sienita; taburetes de una sola pieza en madera muy dura, (*Cordia Gerascanthus*), y, en fin, cráneos con deformaciones características, de que ya hemos hecho la descripción.

La analogía que presenta la deformación artificial de esos cráneos con la de los cráneos indígenas descubiertos en la Nueva Granada; la identidad de costumbres guerreras y la semejanza de los dialectos, establecen el parentesco de los ciguayos con los caribes de las pequeñas Antillas y de éstos con las tribus *Galibis* y *Guaranis* del Continente de Colón. Desgraciadamente, las otras partes de nuestra isla han sido más exploradas y desde mucho tiempo. Hay, pues, poca esperanza de encontrar vestigios etnográficos y restos antropológicos de las tribus floridananas que las habitaban, tribus interesantes donde reinaba Caonabo, (el señor de oro), y la poética Ana-Caona, (flor de oro).

De estas últimas nos queda como recuerdo vivo, los nombres de las localidades, de los ríos y de las plantas, nombres puramente indios incorporados entre nosotros a la armoniosa lengua de Castilla.

Puerto Plata, 30 de Diciembre de 1890.

nos encargos diplomáticos en Haití como Encargado de Negocios y en Roma como Enviado Extraordinario ante la Santa Sede. Como publicista dió a la estampa los siguientes folletos: *Nociones de gramática francesa*, Puerto Plata, 1890; *Decouvert d'un crane d'indien ciguayo a Saint-Domingue*, Nantes, 1891, cuya traducción al español se reproduce ahora; *Les tombes de Colomb*, 1892; *Cuestión de límites con Haití. El Artículo 4º del tratado de 1874 ante el derecho internacional público*, S. D., 1894. Sus *Apuntes Históricas* relativos a la antigua Isabela, a Santiago de los Caballeros, a la batalla del 30 de marzo de 1844, al descubrimiento de los restos de Colón, etc., se encuentran dispersos en varios periódicos y revistas nacionales. Nació y murió en Santiago de los Caballeros. Ostentaba la encomienda pontificia de San Gregorio el Magno, y perteneció en clase de correspondiente a varias sociedades académicas y científicas del extranjero.— Nota de V. A. D.

